

## V

La diferencia se borra. Y con ella, y este es un punto esencial, también desaparece la presencia, de un extremo al otro de tantas páginas, de un verdadero interlocutor. Porque sí, es verdad, en los primeros años, un Cazalis, un Lefébure, un Mistral y otros más, están muy cerca de Mallarmé, realmente queridos por él, y son escuchados atentamente, recibidos con alegría y festejados si lo van a visitar a su exilio. Pero en un plano más interior, el único válido, el de la poesía, es decir el de la esperanza y la duda, se los ve reducidos a un simple rol dentro de la relación con él mismo, evidentemente dramática, de un monómano de lo absoluto. En todo momento de su correspondencia, Mallarmé ha monologado, «solitario habitual de su propia Pureza»: el solitario, quiero decir, de su sueño de pureza, el solitario o por mejor decir, el único, palabra que no empleo en el sentido romántico, claro está. Nutridos por las falsas evidencias de una subjetividad alejada de la finitud, los poetas del romanticismo se creían muy por encima del vulgo, pensaban y hablaban de una manera muy advertida de lo divino, a fin de comunicarse con la vida cotidiana. Por su parte, Mallarmé pensaba ser como cualquiera, dado que esta natural identidad era la clave de la poética de su Libro, esta obra «que todo el mundo ha intentado», según decía. Mas por poco excepcional que fuera, ¿hubo otro que quisiera escribir, como él, un libro que desplegara —«allí mismo y no de otra forma ni más lejos» que en el fondo silencioso del lenguaje— el paisaje de la realidad perceptible, y para soñar que él podría todo esto, sabiendo, mejor que nadie, que hasta comenzar es imposible? ¿Quién, en poesía, ha querido como él, verdaderamente, lo imposible? «Jamás un hombre tuvo tal deseo» hace decir de sí mismo Rimbaud por medio del testigo que imagina o constata, en *Una estación en el infierno*. Esta atestación de una desmesura de la esperanza vale tanto más para Mallarmé que para él, cuyo sueño, por otra parte, fue menos durable y cuya soledad fue más profunda, a despecho de las apariencias.

¡Y qué dura contradicción, finalmente, esta incapacidad de decirse en relación con el infinito! ¡Qué sufrimiento —el verdadero, aunque sea el único inexpresado— en un hombre que fue tan aficionado, tan entusiasta de la amistad, tan deseoso de ir hacia los otros, con la mano tendida pero también con el pensamiento retenido por lo inconfesable!

¡Y cómo este reverso hace más emocionante todavía cierta carta en la cual, a pesar de todo, ha terminado por decirlo todo! No aludo, como quizá podría creerse, a *Una echada de dados*, que es una carta, un billete que este Vasco da Gama del espíritu, que no pudo ir más allá de una India soñada, escribió antes del naufragio. Mallarmé había leído *La bote-*

*lla al mar* de Alfred de Vigny, sin duda también —me parece— *Los hijos del capitán Grant*, lanzó un mensaje de naufrago, en su momento, en la botella prevista, por el contrario, para llenar con su espuma la copa del día inaugural de la nueva poesía, el de las sirenas hundidas, los mitos dispersados con el «canto personal». Pero por muy consciente que estuviera de lo inevitable del escollo, por muy «maniático canoso» que se tuviera, el maestro de esta borda es demasiado ambiguo en la liberación de su último pensamiento como para que se pueda considerarlo como una confesión de lo ocurrido en su corazón. Dice el fracaso, dice también —lo he señalado antes— la constelación de la irreductible esperanza, no evoca el debate mutuo en los días ordinarios de una vida, la de los martes en la calle de Roma, cuando los invitados se han ido y vuelve el insomnio.

Sin duda, para ir así hasta el fondo de sí mismo, para confesar su locura, él necesitaba, podemos pensar, de una verdadera presencia frente a él, abierta a toda su problemática. La encontró el 16 de noviembre de 1885, cuando escribe a Verlaine, que le ha pedido algunos datos biográficos para sus *Hombres del día*. En esta larga respuesta, admirable de su extremo al otro, el poeta llamado a reflexionar sobre su obra, pero también sobre su existencia, distingue entre algunos de sus poemas publicados su gran proyecto de texto o libro, que hablaría por sí mismo, sin voz de autor y, de tal modo, habría sido la explicación —dicho de otra forma: el despliegue, pliegue por pliegue— de la Tierra: un libro o, en su defecto, «un fragmento de lo hecho», simple parcela pero que habría hecho «destellar en algún lugar la gloriosa autenticidad», para la cual «una vida no es suficiente». He allí revelada toda su ambición, perseguida con «una paciencia de alquimista, dispuesto a sacrificarle toda vanidad y toda satisfacción», escribe Mallarmé, pero esta vez el epistológrafo no puede apelar, como antes con Cazalis, a la autoridad de sus males, de su debilidad, para obtener algo del corresponsal seducido que quiera ayudarlo a reprimir su dolor. «He aquí la confesión de mi vicio, puesto al desnudo, querido amigo, que mil veces rechacé, con el espíritu dolorido o cansado, pero el vicio me posee y tal vez yo triunfe». ¿Qué dice aquí? No simplemente su fracaso, ni su esperanza, sino el combate de ambos, confesado —un vicio, una posesión— en ese plano del espíritu donde, por suerte o por desgracia, el puro intelecto carece de lugar.

Mallarmé confía a Verlaine lo que no ha dicho a ninguno de sus interlocutores, al menos de manera tan reflexiva y decidida, a saber: que es un hombre como cualquiera porque lo conduce lo irracional. Y si ha hablado así y a quien lo hizo, es evidente que se debe a que entre sus contemporáneos —los que carecen de lugar, según señala en la misma carta— Verlaine fue el único, de los que conoció, que pudo darle el ejem-

plo de la sinceridad ante sí mismo, de la valiente lucidez: era el que, a pesar de las pequeñas o grandes mentiras, y las confesiones de borracho, y la ilusión cotidiana sobre el entonces y el hace poco o el mañana, conocía, más en profundidad, la precariedad de su espíritu, los límites de su poder, la vanidad del orgullo metafísico. Como lo recordó Mallarmé en los funerales de su amigo, éste «no se ocultó a su destino», tuvo con coraje la «terrible probidad» que consiste en «hostigar las vacilaciones», afrontando, «en todo su pavor, el estado del cantor y el soñador». Verlaine no valía a los ojos de Mallarmé por su semejanza con los males humanos, las pasiones ordinarias, sino por esa necesidad de verdad ante lo absoluto y por su capacidad de aceptar su condición, que Mallarmé rechaza.

¿Y cómo podría no haberlo escuchado, desde entonces, cómo podría no haberle respondido cuando le dirigía implícitamente, de tal manera, la pregunta sobre el sentido de su vida, porque Verlaine podía comprender enteramente, por afinidad con los extremos y clarividencia compasiva, la confesión en la que otros no veían más que extravagancia de gran escritor: un significante de más, dicho de otra forma, por inusual que resulte y entre todos los que integran una obra? Los «que no tienen lugar» no pasan de pensar que la obra es lo que cuenta, no la inútil obsesión de lo imposible. Y si Mallarmé pudo hablar verdaderamente al autor de *Crimen Amoris*, y también de *Sabiduría*, es porque Verlaine existía, gracias a lo cual Mallarmé tuvo un interlocutor, al menos uno en su vida. Diciéndole, para terminar y simplemente: «Hasta pronto, Verlaine. Su mano».

**Yves Bonnefoy\***

\* Prefacio a Mallarmé: Correspondence. Lettres sur la poésie, Gallimard, París. Traducción de Blas Matamoro.



Mark Tobey: *The last supper* (1945)